

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

Visiones y profecías

POR LUIS ALMERICH, PUBLICISTA

LEGA a nuestras manos un libro interesantísimo, probablemente poco conocido en España, pero que tiene en las actuales circunstancias un valor extraordinario, por tratarse de una obra publicada en Londres en 1909 y firmada por el *leader* socialista inglés Roberto Blatchford «el más conocido de los socialistas ingleses y uno de los fundadores del movimiento socialista moderno en la Gran Bretaña», según decía *Daily Mail* al prologar los artículos del notable político. El ejemplar que me han facilitado es una traducción francesa (1), editada por la casa Perrin en 1910, y confieso que lo he leído con verdadero interés; de manera que el texto no era desconocido en Francia, puesto que además la edición tuvo carácter popular, habiendo necesidad de reimprimirla.

Hechas estas prevenciones, examinemos lo escrito por Blatchford para deducir de ello que esta guerra es pura y simplemente una guerra comercial, pero nunca de «civilización y de libertad», como se ha pretendido especialmente por los amigos de Francia, demasiado espirituales para confesar que luchan por cosa tan deleznable como los intereses materiales. Ya en las primeras páginas, el político inglés declara que «Alemania e Inglaterra son implacables enemigas comerciales», y por ello da la voz de alarma a su país, temiendo que Alemania acabará por conseguir la hegemonía mundial. Para afianzar su prevención, reproduce el siguiente párrafo, aparecido en julio de 1907 en un número de *Standard*:

«La política germánica — escribe el consejero de Estado, Martín —, no piensa de momento en incorporarse las provincias del Báltico ruso y de la Polonia rusa al Imperio germánico. No busca estrechar más y más sus relaciones con Austria-Hungría, la política germánica no tiene por objeto establecer el protectorado alemán sobre la Turquía europea y asiática, no pretende incorporar Bélgica y Holanda a la confederación del Imperio. Sin embargo, todos estos cambios tendrán efecto en nuestros tiempos, dentro de veinte o treinta años, y nadie en Alemania podrá contener la inevitable marcha de los acontecimientos. Alemania cumplirá su misión, incluso inconscientemente. Inglaterra ha comprendido que Alemania será impulsada por los sucesos a extenderse; se ha dado cuenta de los progresos que hacen ya los alemanes, encaminándose hacia la supremacía mundial

(1) *Le danger allemand*, por Roberto Blatchford. Editor: Perrin y C.^a París, 1910.

política y comercial, y en su virtud ha adoptado deliberadamente el sistema de ponerle trabas a la expansión alemana en todos los sitios posibles. Alemania — declara el autor — no aguardará a verse atacada, no esperará a que la coalición antialemana esté en mejor posición para dictarle condiciones, sino que atacará al primer indicio que le muestre sus intereses o su honor amenazados.»

Nos encontramos, pues, delante de un hecho real; antes, mucho antes de la guerra, Inglaterra temerosa de que le usurpen el dominio mundial, se prepara solapadamente, que no otra cosa significan estas «trabas», a fin de que su temida rival no pueda cumplir esta «misión» que el consejero Martín le asigna. Todo ello sin perjuicio de que luego, con acentos conmovedores, nos diga Blatchford: «Es contrario al bien general que potencia alguna domine Europa. Así como no convendría que Inglaterra, o Francia, o Italia, o Rusia dominaran Europa, tampoco convendría que Alemania la dominara. Es de desear que Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Holanda, sean libres, fuertes e independientes». Son lágrimas de cocodrilo. A Inglaterra no le preocupan las restantes naciones europeas; lo único que pretende es que a ella no le quiten la hegemonía. Proclama generosamente su libertad, cuando sabe que esas naciones no pueden hacerle sombra, pero cuando hay una que crece y se desarrolla, tiembla..... e inventa trabas para contrarrestar su expansión; en una palabra: las quiere libres y fuertes, pero menos libres y fuertes que ella.

En todos sus párrafos, el libro de Blatchford, respira ese temor de perder el dominio de Europa, y por eso ante la política alemana exclama en un instante de sinceridad: «La politique traditionnelle de l'Angleterre est l'extension de l'Empire et le maintien de l'équilibre européen». Pero, ¿es que está vinculado en Inglaterra el derecho de extensión y el mantenimiento del equilibrio europeo? ¿No puede ejercerlo también Alemania, país más nuevo, más vigoroso y, por consiguiente, menos vencido por la fatiga de unos siglos de dictadura?

Es sabido que el ejercicio del poder desgasta hombres y pueblos e Inglaterra no tiene por qué ser una excepción de la regla. «Para Alemania toda la Europa debe ser teutonizada». Que nos teutonicen o que nos sajonicen, del predominio del más fuerte no hemos de escapar, como no procuremos ser más fuertes que él..... y eso es sencillamente lo que ha procurado Alemania. Y para la marcha del mundo es saludable que vengan otros orientadores de la política europea, porque renovarán el ambiente, avivarán energías, pondrán nervios en tensión y del trasiego mundial surgirán nuevas idealidades que quizá por lo que toca a nosotros, españoles, sean el verdadero principio de nuestra resurrección.

Blatchford se esfuerza en demostrar a los ingleses que Alemania va aumentando su poderío militar y naval y pide a sus compatriotas que no se dejen superar por el enemigo; es decir, no admiten en manera alguna que Alemania sea fuerte para ser verdaderamente libre, ya que siendo más débil que Inglaterra es indudable que el imperio central tendrá que ceder en todos los conflictos con el Reino Unido. El propio *leader* socialista inglés califica de inocente la proposición de la limitación de los armamentos. Es lógico: «Toute limitation d'armements comporte le principe de la suprématie navale de la Grande-Bretagne», y ¿cómo va admitir Alemania, consciente de su fuerza, ese criterio encantador del astuto leopardo? Teme Inglaterra que crezca y le zurre la badana y no se le ocurre otra fórmula como remedio salvador, que la de decirle a su adversario: «Yo soy más fuerte que tú, pero como si sigues creciendo me obligas a crecer, y esto cuesta dinero, amén de dificultar las digestiones, yo te invito a que no continúes progresando». «Bien está — debió responder entonces Alemania —; déjame poner a tu nivel y así viviremos en paz y en gracia de Dios». ¡Ah, no! Esto ya no entraba en los cálculos de la rubia Albión. ¿En qué perjudicaba a Europa la existencia de dos pueblos igualmente fuertes? ¿Era acaso que lo impedía la causa de la libertad y de la civilización? Si Francia, Rusia e Italia hubiesen sido fuertes como Alemania, también habrían chocado con el imperialismo inglés

y quizá entonces no habrían sido como ahora las genuinas representantes de la cultura. Aun a trueque de ocasionar un desencanto en las filas de los intelectuales aliadófilos, y para terminar de momento estos breves comentarios, que quizá otro día continúe desde otro aspecto, quiero reproducir lo que a juicio del propio Blatchford, que es aquí testigo de mayor excepción, debían de pensar los alemanes; o mejor, lo que habría pensado él, de ser alemán:

«Estos insulares son malos vecinos; se han fortificado sobre las mejores partes del globo, han comprado o capturado fortalezas y puertos de mar sobre verdaderos continentes, dirigen el comercio, tienen el monopolio virtual de los negocios mundiales, el dominio de los mares, y en tanto, nos proponen que seamos hermanos y que nadie combata ni se eleve más!»

El Comercio y la Libertad en las Colonias inglesas

POR W. NUMAN

HAY un axioma inglés que dice: *el comercio sigue a la bandera*; y aunque la historia de la colonización británica nos presente algunos ejemplos de que el comercio ha precedido intrépidamente a la *Union Jack*, no por eso hemos de desconocer que la justicia de esta frase *Trade follows the flag*, en ninguna parte puede apreciarse con tanta exactitud como en el Imperio británico. Los cuarenta y cuatro millones de súbditos de que se compone el Reino Unido, manejan la suerte de los trescientos sesenta millones de seres que viven al otro lado de los mares, es decir, de una población ocho veces más numerosa que la que vive en la Gran Bretaña; un cuarenteavo escaso de humanidad domina a una quinta parte completa de negros, bronceados o blancos de raza distinta. Pero el comercio y poder de ese emporio de riquezas, son comparativamente aun mucho mayores; Inglaterra y sus colonias no ocupan, en cuanto a terreno, más que una quinta parte de la tierra habitada, pero sus barcos navegan y dominan por todos los mares, y la Bolsa de Londres recoge entre las mallas de sus redes todo el oro del mundo. Puede afirmarse que, en cifras redondas, una tercera parte de todas las mercancías producidas en todos los ámbitos del globo, y todo el valor del trabajo humano, pasa de algún modo o alguna vez a través de las manos inglesas o por la bolsa británica.

Si nos representamos, por ejemplo, unas cuantas cifras comparativas, que demuestran el comercio y los productos de algunas regiones coloniales conocidas, resultan valores tales, que solamente esta pequeña operación aritmética despertará, con seguridad, la admiración del lector. Solamente del suelo de Australia, durante los primeros sesenta años de explotación, se ha extraído una cantidad de oro que se evalúa en 550 millones de libras esterlinas, y las explotaciones que dirige la Unión Sudafricana dan por resultado de unos 500 a 700 millones de marcos anuales. Más del 80 por 100 de los diamantes producidos por todo el mundo, pertenecen a las minas inglesas del Sur de Africa, así como el 25 por 100 del oro que se extrae de la tierra. Las minas de cobre que se encuentran al Sur de Australia, marchan, como capacidad y riqueza, en primera fila de todas las existentes. Los yacimientos que existen al Oeste y Noroeste del Canadá, esperan a que se continúe su explotación, y prometen incalculables riquezas en zinc, plomo, plata, cobre y oro. Los terrenos en los que más florece el cultivo del te y del arroz, Ceylán, Assam y Burma; las más productivas pesquerías de la tierra (a las que quizás las de Siberia sólo sobrepujan en capacidad), las de la Colombia británica, también están en manos de los

ingleses. Tres tercios de los capitales de todas las sociedades de las plantaciones de te de la India y Ceilán, se hallan en las cajas de Londres, y el 90 por 100 del consumo de esta planta se exporta a Inglaterra.

Con el mismo paso que la rápida expansión del radio de su poder, o quizás aun más rápido, marcha el aprovechamiento económico de los países que deben ser explotados en provecho de la madre patria. Muchos ejemplos nos han dado ya los pozos de las minas australianas, en los que a mil metros de profundidad y a veces en capas aun más inferiores, se ha descubierto el agua, cuyos preciosos filones, quizás en lo porvenir, abrirán para Australia una era de riquezas y opulencia. Ya se ha puesto en planta un sistema de canalización que sobrepuja a todos los de las antiguas provincias romanas de Africa, y son dignos de sostener la comparación con los del Irag, de los tiempos más florecientes de Babilonia.

Depósitos capaces de contener varios millones de galones (de a 4 y medio litros) y conductos de fábrica de 1,000 kilómetros de largo riegan provincias enteras, en cuyos verdes prados se alimentan innumerables rebaños de reses vacunas y de corderos, allí justamente donde aun no hace dos generaciones que el solitario *Hurnai* blandía su *bumerah* contra las fieras de las estepas. Los bosques jóvenes extienden sus frondosas ramas, las vides y huertos producen sus máss azonados frutos, y los rieles del ferrocarril que transporta las mercancías atraviesan los parajes antiguamente desiertos; no está lejano el día en que las líneas ferroviarias crucen en todos sentidos la quinta parte del mundo, y que en aquéllas vaya acompañado por los postes del telégrafo, que desde ya hace años pone en comunicación Adelaida con Port Darwin.

Tampoco parece inferior la explotación comercial de las otras importantes regiones que se hallan bajo el dominio inglés. En el año de 1902, según manifiesta K. Dove en uno de sus trabajos estadísticos, ya funcionaban más de 1.000,000 de kilómetros de vías férreas en el ultramar inglés, lo que equivale a tres veces el largo de la red ferroviaria inglesa y dos veces y media la longitud del Ecuador; y esta actividad constructora, en continuo aumento, también se ha observado, sobre todo, en Africa.

Fijando nuestra atención en la línea de los ferrocarriles indios, encontramos consignado en las informaciones inglesas, que desde el año de 1903 hasta el de 1912 se ha alargado en proporción de un 25 por 100, alcanzando en aquel año una longitud de 50,000 kilómetros, aproximadamente el largo de la red de ferrocarriles de Prusia y de Hesse, mientras que el capital invertido en esos trabajos asciende a 300 millones de libras! Solamente la red de canales en el frente de la India, que lo mismo sirven para transporte que para el abastecimiento de aguas del territorio, forman todos reunidos una distancia igual que la que separa a Madrid de Wladiwostock en línea recta, y los pantanos artificiales que fecundizaron la abrasada tierra del antiguo Egipto, hicieron desaparecer las ruinas de ciudades muertas desde miles de años, haciendo surgir en su lugar aldeas florecientes y campos de algodón. El comercio total del antiguo Imperio del Nilo, ha aumentado desde el año 1882 (fecha en que se implantó la administración común anglo-egipcia) en un 70 por 100, y en cuanto a los ingresos, a pesar de los gastos considerables ocasionados por la construcción hidráulica de pantanos y diques, y de los muy cuantiosos a que dió motivo el levantamiento del Mahdi y de Mullah, siempre ha producido un rendimiento de cerca de 40 por 100. Lo mismo ha sucedido en las Indias y Ceylán, donde no sólo ha aumentado el área de las plantaciones de te, sino y con doble rapidez subieron los beneficios; siendo esto un irrecusable testimonio de los buenos procedimientos seguidos en el trabajo y la acertada disposición de los riegos artificiales que por medio de densa red de canalización, pantanos y esclusas, ha permitido a la iniciativa británica transformar el antiguo país de las maravillas.

Aunque, según la apreciación de las propias autoridades inglesas, en algunos años

de sequía sucumbían el 90 por 100 de los animales de provincias enteras de la India y dejaban como triste consecuencia el hambre y epidemias, la situación en la actualidad ha mejorado mucho en la existencia de carnes vivas y en los procedimientos para el cultivo de las tierras. Con estas mejoras ha aumentado el bienestar y los medios de satisfacer la contribución de millones de pobres campesinos que, fuera de su terruño, no poseen otros bienes bajo la capa del cielo.

En qué proporciones influyeron estos nuevos sistemas introducidos en la administración y la agricultura para aumentar la riqueza de los indígenas, puede verse en los últimos informes publicados por las autoridades y referentes al Sudán, en los que se demuestra que la contribución de la provincia durante los primeros diez años, después de la anexión, ha aumentado en diez veces las cifras anteriores, y esto se debe, según consta categóricamente, en primer término, a la provisión de aguas, instalación de bombas y otros trabajos del mismo género.

De todo lo expuesto, una cosa resulta indudable, y, según los conocidos procedimientos político-coloniales de Inglaterra, muy natural que sirva como límite de todos los cuidados administrativos de la madre patria, a saber: la solícita administración británica prodiga sus atenciones a los naturales del país, pero siempre y en la medida de que no comprometa ni en lo más mínimo la situación política ni la preponderancia del Estado dominante, y de que den como resultado el aumento de la contribución y el tráfico y producción agrícola de la colonia.

Lo que puede negarse de la manera más rotunda, es el que esta política de explotación agraria sea hecha — como pretenden los imperialistas — por pura abnegación, inspirada en los más altos principios morales y sin más objeto que servir los intereses de los indígenas. Para contradecir semejantes afirmaciones gratuitas, se alzan todas las antiguas tradiciones británicas, su constante política de piratas, seguida por las Compañías de navegación anglo-sajonas, en los siglos XVII y XVIII, y que en aquella época juzgaron los mismos indios con la siguiente frase: «Son como demonios, nos aniquilan, y sólo pueden hacer daño». Otra prueba concluyente, y sobre la que aquí no queremos insistir, es la escasa atención que prestan a la conservación de la moral, así como a suplir las deficiencias intelectuales de la población indígena, pues según la antigua opinión británica los terrenos trasatlánticos son un buen empleo para el capital (por lo menos algunas veces) no conviene en beneficio de éste favorecer a los indígenas.

Esta esperanza de una continua y siempre creciente renta, domina toda la política y administración colonial de la Gran Bretaña, y a ella obedece también todo el desarrollo de su política jurídica. Esto puede verse palpablemente en los optimistas y melifluos informes con que el Gobernador, el Cónsul general y demás altos funcionarios ilustran al Ministerio Colonial de Londres.

Se explota la agricultura y se construyen ferrocarriles, faros, muelles y canales, no por amor al prójimo ni para elevar el nivel moral del pueblo, sino para aumentar la producción y, por consiguiente, el valor material de la colonia.

Tal es el origen de las atenciones que Inglaterra ha prodigado a la India. De ahí provienen las muy celebradas construcciones de ferrocarriles en la India y de acueductos en Egipto; sin ellas hubieran ocurrido oscilaciones en la balanza de las colonias que hubiesen hecho humanamente imposible ni aun la nivelación de los presupuestos, y mucho menos el sostenimiento de una política de rendimiento continuo. Para convencerse de ello, compárense las cifras de los ingresos de aduanas, contribuciones y rentas de un año bueno y normal con las de otro de extraordinaria sequía, que, por desgracia, eran bastante frecuentes. Estas bruscas oscilaciones deberían tener incalculables consecuencias, no sólo en el terreno económico, sino en el moral y político, y, por otra parte, no hubieran

permitido el cubrir los inevitables y regulares gastos, sueldos, jornales, pago de intereses y otros por el estilo.

En Egipto, donde desde tiempo inmemorial sólo pagaban contribución los terrenos de regadío y donde el único valor positivo de la tierra estaba representado por una cosecha exigua, es muy fácil de comprender que una administración prudente y previsora, que no pierde de vista la parte financiera de la política, procurase suplir las deficiencias de la naturaleza por medio del riego artificial, si es que se quería quitar al tesoro del Estado la insolvencia característica de la primera época Kediviana. Al mismo tiempo, tan importante mejora sirvió para proporcionar la primera materia necesaria a las fábricas de algodón de Manchester, que con las numerosas industrias que dependen de este artículo y están establecidas en la patria, no volverían a tener dificultades para su aprovisionamiento. Por este camino del saneamiento político-financiero ya habían marchado Napoleón I y el Kedive Ismael Bajá (aunque ambos con medios insuficientes) aun antes que los ingleses. Es decir, que este sistema no puede atribuirse a un don especial de la política administrativa mundial de la Gran Bretaña.

Las cifras de la contribución que satisface la India y Egipto, nos demuestran los valores de que se trata. En la primera, sólo los ingresos por el abastecimiento de aguas se elevan a 100 millones de marcos anuales, y en Egipto, desde la construcción de los diques de Assuan y Edfu, los ingresos han experimentado un alza tan rápida como considerable.

También dan muy buenos intereses los pantanos de la India, en algunos, como en los de Godawari y Kaweri, éstos suben hasta el 40 por 100 en algunas partes, mientras que en otras instalaciones, por regla general medianas o pequeñas, por consecuencia de errores en los presupuestos técnicos, no hacen más que cubrir sus intereses forzosos y algunas ni aun eso. Que la parte puramente técnica de todos estos pantanos y construcciones hidráulicas no es ninguna obra maestra — en todo caso que no admitan comparación con las que de ese género han ejecutado los alemanes y americanos —, puede comprobarse por las muchas modificaciones, ensanches y derribos que ha sido preciso llevar a cabo. El pantano de Assuan, que se terminó en 1904 — y cuyas obras importaron 40 millones de marcos, ya fué necesario agrandarlo en 1907 —, y poco después se hizo público que sería muy conveniente construir otro pantano mayor y mucho más arriba, si se quería recoger en él y hacerlas servibles las impetuosas corrientes de fango que provienen del Nilo azul. Tampoco demuestran grandes adelantos técnicos las instalaciones de maquinaria empleadas en Witwatersrand y Koolgardie, teniendo en cuenta la época transcurrida desde el descubrimiento de dichas minas de oro, que fué el año de 1870 — y se las compara con los retratos e informes de las de aquel tiempo. — En esto como en todo se descubre al negociante inglés, que no quiere ganancias moderadas, pero durables y sólidas, y prefiere las pasajeras, siempre que proporcionen pingües ingresos. Por eso se han procurado disminuir los gastos de las instalaciones, aprovechando maquinaria vieja y métodos ya conocidos, que no lanzarse en nuevas construcciones y pruebas de nuevos procedimientos, que quizás hubieran necesitado previos y dispendiosos experimentos. Pero sin éstos no dará ningún paso definitivo el progreso de la agricultura.

Ejemplo de lo que decimos es también la precipitada explotación mercantil y política, que arrebató los tesoros que yacen en la tierra colonial con unas formas parecidas a un robo público. Ya nos tenía acostumbrados a esto la *Hudsonbaycompañía* y aun con más intensidad la antigua, la vieja Compañía de las Indias del siglo XVII y XVIII, cuando escondió su política rapaz bajo el pretexto de coadyuvar a la separación de los 13 estados unidos más antiguos en 1776. Así continuaron siendo los procedimientos ingleses hasta el año de 1845, fecha en que se descubrieron las valiosas minas de Burro-Burro, en la Australia del Sur.

De ellas sacaron los accionistas de Londres, durante varios años, el 800 por 100 (!)

de dividendo, con el éxito natural y previsto, que en una vez las minas quedaron casi agotadas por completo. Lo mismo sucedió con otros muchos yacimientos en *Queensland*, en el Africa del Sur, y hasta en épocas posteriores. Estos insensatos dividendos, que sólo podían sostener las principales Compañías de ambos territorios, revistieron, desde el punto de vista administrativo, formas cancerosas, altamente nocivas para la economía general. El final de este conflicto tenía forzosamente que ser, o la quiebra de la Sociedad, o la emigración en masa de todos los obreros, desde una mina prematuramente agotada a otra nueva mina, donde quiera fuese encontrada, quizás alejada por cientos de kilómetros de la antigua. Se comprenderá que este sistema, si bien puede poblar con rapidez un territorio desierto, y ayudar a la pronta construcción de carreteras, no ofrece ninguna garantía para el reglamentado y duradero progreso de las colonias, ni mucho menos para el desarrollo moral e intelectual de sus habitantes. Ciertamente es que para la verdadera raza británica vienen siempre en último término semejantes consideraciones, y sólo se las demuestra respeto, cuando, por ejemplo, en el informe oficial de la colonia, y después de las noticias financieras que ocupan invariablemente el puesto de honor, aparecen modestamente las cifras correspondientes al aumento de población, y cuanto se refiere a la construcción de ferrocarriles, edificios, estado agrario, escuelas, misiones y movimiento criminal y social. Esto suponiendo que digan algo sobre todos estos importantes asuntos.

Consecuencia de estos puntos de vista puramente interesados de la política colonial inglesa, es el grado de libertad y de derechos que a cada colonia se le da o se le concede, muy distintos entre sí, y que dependen en un todo de la posición económica que ocupa la colonia respecto a la Gran Bretaña y del valor material que ésta pueda encontrar en aquélla. Una sola concepción del derecho, basado en principios fijos o siquiera una base moral y política para la distribución de la justicia en Ultramar, son cosas completamente desconocidas para los ingleses.

Como ejemplo citaremos a Australia, que fué fundada en 1788 como colonia criminal, y fué tratada de ese modo durante dos generaciones, a pesar de las incesantes protestas de los emigrantes que por su libre voluntad acudieron de todas partes para poblar aquellos desiertos, hasta que al fin la libertad de comercio, allá, por el año cuarenta del pasado siglo, trajo la disminución de los productos agrícolas en Inglaterra y con ello la necesidad de emplear una política de aproximación con el gran mercado de trigo ultramarino. Poco más o menos por la misma época y análogas razones se concedió mayor autonomía en la administración, al Canadá, cuyo deseo venía manifestando desde larga fecha aquella colonia y lo había demostrado por medio de varios levantamientos. Hoy todavía se considera el grupo de Andaman como una colonia penitenciaria, a pesar de la voluntad de los colonos libres (en honor de la verdad, escasos) y de la capacidad que éstos han demostrado para marchar por la senda del progreso; y el principal motivo de esta injusticia es que, hallándose este territorio muy próximo al interior habitado por indios, les es conveniente a los ingleses utilizarlo como una esplanada, que no tiene otro objeto que el de preservar a las demás comarcas de elementos peligrosos.

La colonia del Cabo y la Natal sólo obtuvieron el derecho de tener representantes en el año cincuenta y tantos, cuando el descubrimiento de las minas de oro y brillantes hicieron necesaria una seguridad de la propia influencia contra cualquier ataque extraño; y el conceder a la Federación de los Estados australianos el *Commonwealth*, sólo fué el fruto no muy voluntariamente concedido de la necesidad y una especie de indemnización por la ayuda prestada en la guerra de los boers. Aquí, lo mismo que en el Africa del Sur y el Canadá, la Gran Bretaña se ha dado el mayor trabajo, *re perfecta*, para, con pretextos mejor o peor buscados, contener los ímpetus de los habitantes de las colonias demasiado ambiciosos y poner un cerrojo político a sus aspiraciones, semejantes a todas las de las colonias emancipadas y a las que sirve de modelo los Estados Unidos. Así, por

ejemplo, han hecho primer Ministro del Africa del Sur a un renegado político, a un hombre sin carácter ni energías, que con su incapacidad ha transmitido al Rey de Inglaterra el poder ejecutivo en todos los territorios de la Unión; y con ese mismo fin, en el Canadá se ha impuesto, sobre el Gobierno autónomo del país, a un próximo pariente del Monarca Británico, con asombro y no poco disgusto de la mayoría de los naturales del país.

Pero en donde no ha sido absolutamente necesario introducir esta forma de Gobierno mixto, allí impera Albión con todos los atributos del Gobierno absoluto (a pesar de todos los oficiosos discursos sobre la *Carta Magna* y el *Habeas Corpus*, etc.), y ¡pobre del pueblo indígena que se muestre reacio a someterse bajo esa dictadura militar! Sólo el confrontar las cifras de los que forman la máquina gubernamental, con los de los sometidos, hablan un elocuente lenguaje; los trescientos millones de indígenas, más bien más que menos, de que se compone la población del Imperio indio, están dominados por los mil doscientos individuos escasos de que consta el llamado «Servicio Civil de la India», y muchos empleados, cuya edad no pasa de veinte a veinticinco años, dirigen con facultades autócráticas localidades cuyos habitantes ascienden a un millón o más, y tienen que decidir cuestiones tan importantes como lo son el hambre y las medidas de policía, construcciones de ferrocarriles y leyes matrimoniales, instalación de manicomios y de lazaretos para epidemias, asuntos referentes a las misiones y a la navegación de vapores, y el servicio de las escuelas y las atenciones militares. (Vizconde de Morley. Discurso sobre la India de 1905 a 1908, página 135.) En Egipto se gobierna en forma parecida, y allí el Residente general inglés dispone de las vidas y las haciendas de todos los que se hallan bajo su dominio, lo mismo que un Dios en la tierra. Tremenda responsabilidad que bastaría para agobiar a cualquier hombre que no se hallara dotado del excesivo amor propio y de la suprema impertinencia británica. El poder del Gobernador militar británico en Gibraltar, Andamanas y Santa Elena, es verdaderamente ilimitado; él y sólo él es el que hace e impone la ley.

Público es, y nadie tratará de negarlo, que con semejante sistema de concentración de la fuerza política, los indígenas puede decirse que no disfrutan de ningún derecho. Por desgracia, se oye aún con harta frecuencia en la India lamentarse a los empleados ingleses de que ya haya pasado el *buen* tiempo en que se podía, sin temor a ninguna responsabilidad desagradable, enviar a un indio a las norias y tenerle allí dando vueltas durante veinticuatro horas.» (*Fortnightly Review*, julio 1914, página 99.) Y que aun hoy, a pesar de las numerosas reformas que constan en los documentos oficiales, el nivel de los positivos derechos de que gozan los naturales de la India es sumamente bajo, lo demuestra el hecho positivo (comunicado públicamente por algunos oficiales indios a los que hemos hecho prisioneros de guerra) de que en esta fecha se ha puesto en vigor por el Gobernador general una llamada ley anterior a 1818 (!!), es decir, contemporánea de la famosa Compañía de las Indias, para en caso de peligro para el Estado. Dice esta *Ley*: «Podrá privarse de la libertad personal a los individuos que la autoridad juzgue conveniente y aunque no existan pruebas para entablar un proceso». Es decir, que según el acertado juicio del Vizconde de Morley, «nada de proceso, ni de denuncia, ni de demora para la encarcelación» para los que se hagan sospechosos al Estado, sino sencillamente, y faltando a toda justicia, se los declara fuera de la ley.

La misma fuerza de los hechos hace comprender que con esta falta de leyes, erigida en sistema legal, no hay que esperar el que los naturales del país puedan hallar dentro del derecho un puesto digno de seres humanos. En todo el Consejo de Indias no hay más que dos miembros indígenas, y en el Consejo privado del Virrey sólo uno, y en los dos casos la elección de consejeros pertenece al Secretario general de la India. La más rica de las razas indias, la que más se distingue por su esplendor en los actos benéficos y su celo por la cultura e ilustración, la Parsí, carece de representante oficial, y los sesenta

millones de mahometanos y los doscientos y más millones de indios, sólo cuenta uno por cada colectividad! En cuanto a la Unión del Africa del Sur, en 1904 pudo tomar asiento en el Consejo de la capital, por primera vez, un indígena, y eso por tratarse de un árabe mahometano graduado de Doctor en Ciencias en una de las Universidades de Europa, dando su elección lugar a vivas controversias; y como en el actual estado de cosas no es posible que un negro cristiano pueda ser nombrado obispo de la Iglesia anglicana, cuando se ha dado ese caso, el interesado ha tenido que refugiarse en una secta independiente y allí ser de nuevo ordenado.

Preciso es reconocer que las colonias que a semejanza de la unión de Estados australianos o la Nueva Zelandia han tomado la propia administración bajo su robusta mano, han sabido alcanzar una altura moral superior quizás a la de la misma patria; por ejemplo, el servicio militar obligatorio, que en Inglaterra no han tenido aún la suficiente energía social para implantarlo, existe en Australia desde hace muchos años, y en la colonia del Cabo desde 1878. Los Estados de los bienes comunes en Australia tienen hace tiempo concedido el voto a sus mujeres, adquisición social por la que tan denodadamente luchan sus hermanos en la Gran Bretaña, hasta ahora sin visibles resultados. Las legislaciones contra el alcoholismo y la corrupción, red de ferrocarriles del Estado y *Home rule*, son progresos sociales existentes en la Unión del Africa del Sur lo mismo que en los Estados australianos, mientras que son cuatro instrumentos de que la Gran Bretaña no sabe todavía servirse. Ya se disfruta en los Antípodas los beneficios de las escuelas laicas; lo que, dado el número de sectas y de creencias que divide a la población de Australia, es más fruto de la triste necesidad que una conquista de la civilización. Lo mismo podemos decir de Nueva Zelandia, en donde estaban establecidas leyes para la ancianidad e invalidez mucho antes de que pensara en introducirlas la Gran Bretaña, tan atrasada en estos conceptos que sólo se decidió a implantar las escuelas obligatorias en 1870; hasta 1872 se vendieron las plazas de oficiales y, por fin, en 1912 se encargó el Estado de los seguros para la ancianidad; en cuanto al servicio militar obligatorio, se considera hoy todavía como *limitación de la libertad ciudadana*.

Junto a estos dominios de intenso empuje social y previsora política, deben aparecer las verdaderas colonias inglesas, con su vacilante política social, como países de la Edad Media u orientales. En donde mejor se demuestra lo que decimos, es en la observación de las Leyes y vida judicial que aun se observa en Inglaterra y en los que imperan todavía el método pretoriano y las primitivas formas curialescas.

En la India, como ya hemos dicho, existe una *Ley* que carece de todo fundamento jurídico, puesto que data de 1818 y es anterior al dominio británico, que prescribe el que pueda privarse temporalmente de libertad a los que sean sospechosos *sin pruebas* (!). En cambio, en Egipto no existe un *Código* cerrado, y, según los casos, los jueces británicos pueden aplicar el derecho, valiéndose a su antojo del Corán, del Código Napoleón o del Derecho Consular, o de todos ellos a la vez. Los tribunales, compuestos de razas mixtas, dictan sentencias, y también tienen esta facultad los Cónsules, no sólo británico, sino francés y ruso, cuyas sentencias, a veces absolutamente contrarias entre sí, están casi siempre influidas por teorías políticas o intereses efímeros, y esto hace que el Clero cristiano esté, además de bajo su propio código canónico, supeditado a las tres grandes confesiones que imperan en el país.

Digno de este estado jurídico es el administrativo y político de las colonias inglesas: una mezcolanza de cosas heterogéneas que cambia de forma según las circunstancias. Junto a Uniones de Estados, como los de la Federación Malaya, o los de la centralización de los bienes comunes como Australia, con su Derecho alemán o sus instituciones políticas muy semejantes a las de los Estados Unidos del Brasil o Méjico, existen monarquías militares absolutas, como Santa Elena, Malta o Gibraltar; y junto a colonias peniten-

ciarias, como las de Andaman, hay otras en las que domina un amplio espíritu de libertad, tales como Nueva Zelandia; y frente a algunas de dominio mixto que Inglaterra comparte con Francia, como las Nuevas Hébridas y Egipto, se alzan otras como la *Wallfischbai* o las Salomón, en las que por pura soberbia política y por medio de dificultades expresamente creadas se rechaza el concurso de las fuerzas naturales, aunque de la posesión absoluta de ellas sólo se saquen gastos sin ninguna utilidad. Y para que en esta serie de curiosidades político-administrativas no falte el absurdo, recordaremos al anglo-egipcio Sudán, en el que rige Inglaterra una vez por sí misma y otro como copartícipe de Egipto, puesto que este último territorio, hasta hace pocas semanas, ha seguido sosteniendo la fusión de 1882, en la que aparece bajo un dominio mixto anglo-turco.

Esta multitud de sistemas y procedimientos administrativos y jurídicos está reconocida por los mismos ingleses, con no poco orgullo, como una muestra patente y digna de los mayores elogios de la elasticidad británica en todas sus fases administrativas, aunque, en el fondo, no es otra cosa más que pública falta de unidad y carencia de arquitectura política. Si a la otra orilla del Canal celebran con orgullo la constitución política del Imperio mundial británico, demuestran con eso que la política de Aristóteles fué una mentira o que ellos hacen de la necesidad virtud, pues una potencia que planta sus banderas en una cuarta parte del mundo habitado y cuya flota domina los mares, o por lo menos cree dominarlos, puede solamente constar de una unidad geográfica y regularizar y centralizar todas sus fuerzas si ha de constituir un Imperio durable y capaz de sostenerse contra las transformaciones de los tiempos.

Previsores hombres de Estado ingleses, sobre todo en los últimos lustros, han comprendido en toda su extensión estas llagas del sistema del Imperio mundial británico, y muchas elocuentes frases se han pronunciado en favor de una conjunción política más estrecha. Hasta se ha reflexionado seriamente la idea — tan antipática para un *true-born* anglo-sajón — de formar un Imperio británico en lugar del que ahora existe de las Indias, pero hasta el presente sin resultado positivo.

Con objeto de hallar un punto de cristalización para los esfuerzos reunidos del pan-britanismo, venían celebrándose, desde 1907, unas famosas conferencias anuales en Londres llamadas Conferencias Coloniales, cuya presidencia *ex officio* desempeñaba el actual Ministro-presidente de la Gran Bretaña e Irlanda. Por desgracia sus resultados han sido nulos y han quedado reducidos a una especie de decorativa ceremonia, en la que los todopoderosos de Londres reciben pleito homenaje, sin comprometerse a nada respecto a sus vasallos. Razón tienen en decir los políticos de toda Inglaterra que «*no conference can bind the mother country, or a single dominion of the crown*» (Pollard, A. History of England, página 222). Pero ya que eso es así, agradezca Inglaterra a su propio desmayo, y al temor de conceder derechos de ciudadanía a sus colonias, el que estas Conferencias sean puramente una ocasión para deliberar, pero incapaces de garantizar ningún derecho.

Otro y quizás importante paso para la centralización del poder mundial británico, ha sido la política de fomentar la suscripción nacional para la Marina. Desde 1857 sostenía Australia los gastos de la ocupación inglesa en su propio territorio, y en el año 1875 empezaron a pagar Natal, la colonia del Cabo y Australia cuotas (relativamente módicas) con destino al sostenimiento de la flota inglesa. En 1909, sin perjuicio de pagar las suyas Nueva Zelandia, contribuyó con un Dreadnought propio; el Canadá y otras dos provincias siguieron este ejemplo, y príncipes indios y malayos, a quienes se preguntó en qué medida querían contribuir a los gastos de la armada, se comprometieron a satisfacer cuotas de considerable importancia. Pero a pesar de todo el reclamo hecho en beneficio de la *Flota Nacional*, y no obstante la categórica advertencia de que una derrota sufrida por la madre patria en el mar, daría ocasión al vencedor — que no podría ser otro que el Imperio alemán — para atentar a la tan cuidadosamente protegida libertad de las colonias

inglesas, y por medio del fuego y el acero plantaría en ellas el enemigo su *odioso militarismo*, los resultados a la larga no han guardado proporción con lo gigantesco del reclamo, que, para ser imparciales, reconoceremos que fué hecho con bastante habilidad.

La flota inglesa, excepto las donaciones que ya hemos mencionado, no recibió más que promesas vanas, y en cuanto a la impresión moral de la idea imperialista, no se dejó sentir con grande influencia en las colonias. Este fracaso no debe atribuirse tanto a la ingratitud de las colonias hacia la patria, como con acento político y profundo disgusto repetían a menudo los imperialistas, como a la conducta seguida por esta misma patria, que ha sido el primer factor para esta disimulada derrota. La retirada voluntaria de la flota británica del Pacífico, que últimamente se dedicaba a explotar el miedo de las colonias aisladas, para sacar recursos para el aumento de su marina (1), se consideró en Ultramar — y con razón para ello — como una prueba de debilidad de la Gran Bretaña, que alcanzaba a todo su sistema imperialista; y con palabras duras y enérgicas, que sonaron como truenos en los horrorizados oídos de los imperialistas ingleses, empezaron a hacerse la antigua pregunta, de si después de todo no sería mejor aceptar el protectorado de los Estados Unidos o de Alemania, pues cualquiera de estas dos naciones parecía poseer mejores y más duraderos medios de defensa (2). En esto ocurrió la «*il fated*» alianza con la raza amarilla, que, como la calificó un canadiense de los más distinguidos y apreciados, en una reunión pública de Londres, es la eterna enemiga de todo desarrollo de la raza blanca en el Océano Pacífico. Tampoco es de olvidar la circunstancia de que los barcos que Australia, lo mismo que Nueva Zelanda, compraron con su dinero, a pesar de todas las solemnes promesas y contraviniendo los deseos y aspiraciones de sus generosos donantes, pocas o por mejor decir ninguna vez han sido enviados a las aguas australianas.....

Así pueden convencerse en Ultramar del miedo que experimenta la madre patria ante la invasión teutónica, y al mismo tiempo — y esta es la opinión que ya domina en todas las costas del Océano Pacífico — de la indiferencia que siente esta misma madre patria ante el peligro que puedan correr sus colonias por consecuencia del enemigo amarillo; y en vista de estos hechos hicieron el balance de sus cuentas pendientes con Inglaterra y el resultado ha sido el siguiente: Traición a la raza blanca y falta de cumplimiento en sus promesas.

¿Tiene nada de sorprendente, después de considerar lo que llevamos expuesto, que en Washington se froten las manos sonriendo con satisfacción? Australia y Canadá procuran adular a estas dos potencias, regocijándose con la idea de llegar a pertenecer, sin violencia, a los que supieron esperar, y no experimentaron ninguna pérdida.



(1) Lo que aquí decimos lo confirmó el Almirante Sir Freemantle, en su discurso a la sociedad anglo-colonial, el 19 de marzo de 1913.

(2) Léase la carta de los estudiantes australianos a los redactores de la revista mensual imperialista *The Round Table* de Junio de 1914.

LA MUSA BÉLICA

Himno alemán de la guerra

"Beatus vir, qui timet Dominum"

(SALMO CXI)

I

A Dios sólo tememos las huestes alemanas;

En El de sus destinos el porvenir está;

Por el honor sagrado de sus hogares luchan,

Por Dios y por la Patria sus armas vencerán.

Despierten los clarines, resuenen los tambores,

En tierra conquistada a empuje sin igual

El arma siempre al brazo, el combatiente espera

Impávido y risueño la lucha más tenaz.

Si avanza el enemigo, en número tan grande

Como incontables surgen arenas de la mar,

Recibiremos firmes, resistiremos fieles,

Que con Dios combatimos por el nombre alemán.

II

La muerte más hermosa es frente al enemigo,

Teniendo por sepulcro el campo del honor;

Si el mismo diablo lucha, con él nos batiremos

Hasta quedar exánimes, pero vencidos no.

Despierten los clarines, resuenen los tambores,

Conmueva el estampido con su potente voz;

El triunfo se avecina, apenas esperado.

Al Kaiser y a Germania brindémosles amor.

Rindamos holocausto de haciendas y de vidas

Por el prestigio incólume de nuestra gran nación,

Siguiendo el sacro lema que guía a la victoria:

El Kaiser... Alemania, por la Patria, con Dios.

III

¡Hombres de nuestra raza!, sed fuertes cual nosotros

Que nunca cederemos, luchando hasta morir,

Para lograr que al golpe de nuestra férrea espada

Los pueblos ambiciosos dobleguen la cerviz.

Despierten los clarines, restienen los tambores;

La sangre que abundante vertemos en la lid

Es por el bien más alto que perseguir podemos;

Dios lucha con nosotros, y nos lo pide así.

Sólo de la victoria nos faltan los laureles;

De Oriente hasta Poniente debemos resistir;

La Patria lo demanda y a su defensa vamos:

Con Dios y por el Kaiser luchemos hasta el fin.

Por la versión,

MIGUEL DE LIÑÁN Y EGUIZABAL

¡Vivan las cadenas!

POR conducto de un buen amigo nuestro, hemos tenido noticia de una interesantísima carta que acaba de recibir una distinguida personalidad catalana, republicano y francófilo entusiasta. La misiva procede de un notable letrado catalán que reside en la Habana y no vacilamos en reproducirla, aun cuando haciendo constar que no estamos plenamente de acuerdo con algunos de sus extremos. Ni participamos de sus pesimismo, ni compartimos muchas de las ideas expuestas, pero las respetamos, porque en el fondo del vigoroso documento hay un puñado de verdades que merecen ser conocidas y en manera alguna queremos que se diga que suprimimos aquello que pueda no interesarnos, en aras de nuestros ideales.

Salven nuestros lectores cuanto no estimen ajustado a su criterio político. Observen además la fecha de la carta, para deducir de ella la razón de los pesimismo del autor y, por último, mediten serenamente sobre los claros argumentos que en el resto de la misiva se exponen. Nos parece muy útil en las actuales circunstancias. — A.

Habana, 21 de mayo de 1915.

Sr. Dr. D. M. B. y P.

Mi muy querido amigo: Dispongo de un momento y voy a contestar a tu última, más detenidamente.

Formulas tu protesta como una definición excédra, execrando con el tono del anatema sit. Invocas que toda la reacción se ha convertido en germanófila. Bien ¿y qué? No por los partidarios debe juzgarse una causa en justicia estricta.

Es una mentira consagrada por el convencionalismo la pretendida libertad de pensamiento en Francia, cual lo demuestran las indignas campañas llamadas de las delaciones y de las fichas en el ejército y en los cargos públicos, para proveer los cuales, al igual que en nuestra desgraciada España, se remueven todos los organismos oficiales, desde los Ministros hasta los últimos Jefes de la última oficina de Departamento en muchos casos, jugando, por desgracia, un papel en estas resoluciones las esposas, las hermanas y las hijas de los funcionarios que, siendo agraciadas, intervienen en el logro de recomendaciones para conseguir la credencial. En la bárbara Alemania, como cada empleado tiene su propio «estatutus», nada de esto es posible, y si algo ocurre, porque la humanidad es única y en todas partes registra sus flaquezas, queda reducido a tan mínima expresión, que prácticamente cabe decir que no existe la corrupción y falta de libertad que lleva consigo la amenaza de la cesantía, de la pérdida del pan, por la forma como se ha logrado. En la libre Francia, la acción discrecional es cinco veces mayor para los gobernantes que en Alemania, donde todo está reglamentado, donde la discreción no llega tal vez ni a un 20 por 100; pero dime, ¿qué son los poderes absolutos? ¿no son precisamente los que convierten en ley lo que al Príncipe le plazca, según decían los romanos? No veo la libertad de Francia en ninguno de los acuerdos que arrebataron a Gustavo Hervé su Cátedra, ni en las resoluciones de los Colegios de Abogados Franceses que negaron a su compañero el derecho y la libertad de ejercer su profesión, la abogacía, por un delito de ideas, por ser antimilitarista, lanzándole a la campaña insensata del famoso periódico *La Guerre Sociale*. Y en cuanto a esa idea de Patria que tú declaras ser un mito, apoyándote en una

frase de Pi y Margall que como hombre debía equivocarse muchísimas veces, aunque lo hiciera de buena fe, esa idea de Patria ha producido la retractación del perseguido Hervé, lanzándole a la guerra junto con sus partidarios. La idea de la Patria no es, por tanto, un eufemismo simbólico como tú pretendes, sino una idea objetiva, de las que emanan de la realidad de la vida, la evolución natural de la sociedad o grupo que, en la escala zoológica, ocupa el puesto que le corresponde, pese a las lucubraciones de los poetas y a los errores de la sensiblería intelectual que tan de moda se ha puesto en estos últimos diez años.

Te remito, por lo que a Francia se refiere, a las campañas no interrumpidas de escándalos y venalidades, de todo género y de todos órdenes, desde la venta de los secretos de Estado por individuos del mismo Consejo de Ministros primero de la segunda República, que los del Canal de Panamá, que los del *affaire* Dreyfus, y los del asunto Calmette, quien, según el esposo de su matadora, dejó una fortuna de muchos millones, atesorada como puedes comprender, no defendiendo, sino falseando la idea de la libertad. En fin, ahí está la colección de los periódicos franceses desde el año 70 para que pases por ella la vista y digas como el pobre viejo de la «Louise» de Charpentier, y ante la asquerosa podredumbre del París por el cual suspiras, la maldición trágica, justa y sincera que el mismo pecho de los franceses en un momento de atavismo, libremente y con verdad sincera hubo de exclamar. Las obras de Emilio Zola, que sirven de texto como base de estudio para algunas clases de criminalología, son el archivo documentado complementario que te falta considerar. No olvides que esas obras, por inmorales, hacía muchos años fueron prohibidas en el arancel de importación alemán.

No discuto cuál sea el origen del partido germánico español. Ni creo que si está constituido como tu dices pueda jamás identificarse con Ricardo Wagner y muchísimo menos con el inmortal Goethe, y menos todavía con Enrique Heine. Bastaría citar entre ese partido aquello de «llevalle la extremaunción a vuestro Dios, que se os muere», para que la dispersión del grupo fuera total y absoluta. No, no será la admiración a ninguno de los grandes heterodoxos alemanes la causa eficiente del partido germánico español. Antes debes apuntar en su cuenta de intolerancia, la noble y tolerante actitud de prestar sus simpatías a la patria de Schiller, sin entrar a discutir lo que yo también creo, de que le quemarían vivo si hubiese nacido en España, cayera entre sus manos y retornáramos todos a la época de Felipe II. Por algo dijo Latamendi que la vida es igual a la individualidad multiplicada por el cosmos.

Otra será, pues, la causa de que exista ese partido, y el cúmulo de infamias de que hemos sido objeto por parte de Francia y de Inglaterra, me explica mejor la razón suficiente del partido germánico español.

No protesto excátedra como tú de los epítetos que prodigas a la insigne y benemérita Britania. Para ti no existe Irlanda por lo visto; las plañideras y sacrosantas exclamaciones que palpan a diario en el *Irish World*, no dicen nada a los que tomáis por toda verdad las informaciones de Londres y París. Las relaciones justas e imparciales sobre lo ocurrido en Bélgica, hechas por los prelados sensatos o no enloquecidos por la amargura del dolor patriótico, en el *Monitor* de Nueva Jersey, ni, en fin, cuanto tienda a poner en claro la verdad de lo que sucede. Cada día me convengo más de que muchos que niegan los dogmas de una Religión, no hacen, en la mayoría de los casos, más que substituirlos por dogmas de sensiblería, sin advertir la explotación de que puedan ser objeto. Ni una sola palabra leo en tu carta sobre las manos cortadas por los belgas a los pobres negros del Congo, ni de las mutilaciones hechas por ese pueblo que ninguna ofensa tenía recibida de España, como no sea la que reciben los niños en la escuela cuando aprenden con la Historia Patria las exageraciones patrioterías de que hacen objeto en contra nuestra, con motivo de las tristes guerras de Flandes. La estatua Ferrer era la estatua del ser-

vilismo de una nación cuyos gobernantes, además de ser crueles en Africa, jugaban un papel indecoroso en la política europea al lado de Inglaterra y Francia. Y hazme el favor de pedir de una vez el proceso Ferrer para leerlo y volver a enterarte que fueron los republicanos y sólo los republicanos quienes lo llevaron al foso, verdad de la cual tú fuiste testigo, y de la cual has prescindido como muchos para dar crédito a las campañas de la infamia parisién, que no obtuvo en Marruecos todo lo que se proponía y esperaba. Una revuelta interior fracasada, como fué la intentona de Ferrer, ni pasa de ser un hecho vulgar, ni autoriza a una nación neutral como Bélgica para levantar el monumento que edificó.

La Inglaterra del Habeas Corpus y de la Carta Magna y del Parlamento Largo, es también la Inglaterra contra la cual han sido naturalmente creadas las sociedades secretas de la joven India, del joven Egipto, etc., puesto que si bien no grita nuestro desventurado «vivan las cadenas», del finido siglo, tiene el manejo del opio, del alcohol y otros principios degenerantes de la especie humana, para cumplir tal cometido fuera de Europa, y en esa tiene el libro, el folleto y la prensa, a los cuales se ha dado con razón el nombre de «el opio de la Europa», que cuarenta años atrás servía aún descaradamente pagando buenos sueldos a los que los suministraban. ¿No recuerdas tú que los librecambistas españoles tuvieron entre sus gentes muchos individuos que cobraban oro inglés por la propaganda que hacían? ¿No hemos quedado todos conformes en que Inglaterra tenía ya todas sus fábricas perfeccionadas y en completa producción, mientras nosotros las teníamos en época adolescente? ¿Los que piensan como tú, no creerán que era altruismo inglés dar dinero para predicar el librecombio? ¿La baratura del pan de los pobres, no es a primera vista una bandera simpática? ¿Y ese pan no era sólo para los obreros ingleses, puesto que sólo las manufacturas de aquella bandera cabían en un mercado sin aduanas? No siendo posible la industria española, la mano de obra no había de tener el trabajo con que ha contado después. Y, sin embargo, los obreros y los intelectuales como tú pidieron el pan del obrero, la abolición de aduanas, celebraron el altruismo inglés y el oro con que se pagó a los embaucadores de la época, los cuales, respaldados por hombres de buena fe, equivocada como la tuya, causaron a España todo el daño que la política librecambista nos irrogó.

El librecambismo de la escuela de Manchester, no ha impedido el famoso «Made in germany» con que excluyeron las mercancías alemanas de la misma Inglaterra mucho antes de la guerra, ni las medidas en virtud de las cuales las patentes de invención no son válidas ni reconocidas en Inglaterra mientras no son puestas «n práctica en su suelo, con fábrica que abastezca a la población o consumo ingleses en su tierra misma, pagando tributos y salarios a sus gentes. ¿Dónde están las fábricas y grandes centros manufactureros del resto de sus dominios?

Para los que hemos seguido día a día la guerra económica, que a España le cuesta haberse desangrado, en brazos de Francia su aliada, que en la Bolsa de París la ha estado saqueando a diario, y sigue haciéndolo, la guerra armada ha sido una cosa sin la solución de continuidad que os parece a los que admitís sin reservas las noticias francesas de todas clases y a las inglesas poco menos que como dogma de fe.

No, no. La libre Inglaterra por medio de George Canning, dió a España y Rusia el manifiesto del Presidente Monroe, diplomático discípulo del primero, siendo de entonces la célebre frase de Canning: «Yo le he dado realidad al Nuevo Mundo, para reparar el balance del Viejo Mundo». Y esa realidad tenía la forma que expresaba la carta de julio de 1823 (el manifiesto de la doctrina de Monroe es del 2 de diciembre del propio año), dirigida por John Quincy Adams, Secretario de Estado a la sazón y luego Presidente, a Mr. Middelton, Ministro de los Estados Unidos en San Petersburgo, que aspiraba por entonces a la península de Alaska: «Con excepción de las colonias de Inglaterra, el resto de ambos continentes (de América) necesitaba ser dejado, en adelante, en manos ame-

ricanas. Un amigo mío, Enrique Fernández Granados, comenzó en Méjico la edición de los archivos nacionales, y temía por su obra, ya que estos pueblos no están preparados aún para tamaña empresa. Resulta que los libertadores, hoy venerados como héroes y colocados en los altares de la Patria — ahí, sí, el anarquismo hará estragos con el tema de la mentira patriótica —, fueron una partida de sinvergüenzas en su casi totalidad, cuyas fechorías piadosamente hay que ir destruyendo, al menos en sus huellas, para dejar sólo incólume la idea que simbolizan, o es menester que simbolicen. Y la mano inglesa, por odio a España, no por amor a la libertad, es la más interesada en esas génesis, pero con gran sentido práctico no quiere parte alguna en la gloria que los poetas, los sensibles, la música, los colorines, etc., etc., y la natural idea de la Patria acaban de redondear.

¡Oh, si Alemania hubiese lanzado el grito de liberación a las colonias inglesas! ¡Oh, si hubiese solicitado el concurso del resto del mundo para luchar contra la vileza que causara la victoria de la abyección! En Alemania es donde más verdad se ha dado a la «Nueva Libertad» proclamada por Wilson en su famoso libro desde la Presidencia de los Estados Unidos. En Alemania no lo supieron ver, y ello creo que les costará la vida. Cuando Inglaterra se alió al Japón, dió un paso en falso, los Estados Unidos rugieron, pero Alemania los despreció. Su aliada Italia estoy seguro que hubiera visto más claro, y.... la guerra no habría llegado a estallar. Cuando se produjo, ya Alemania estaba vencida por Inglaterra; hoy los mismos alemanes reconocen que han caído en las redes de su rival, que llevará al resto del mundo consigo.

No queda más que la esperanza de que se repita la historia. Después que nuestras colonias nos ayudaron contra los franceses en 1810, se sublevaron. Al impulso de la universidad alemana, ¿harán lo mismo las del inglés? Para prevenirlo, se emplea como arma la campaña difamatoria que presenciamos, las informaciones francesas traducidas por Blasco Ibáñez..... ¿Te has detenido a analizarlas? ¿De su mismo texto no deduces la mentira y la falsedad? Y no invoques honorabilidades de firmas para acusar de atrocidades a los alemanes; fíjate en lo que dicen, y si eres imparcial, no tardarás en descubrirles la manera de mentir. Sin embargo, agitando el sentimentalismo efectista, el vulgo llega fácilmente y sin darse cuenta a juzgar y fallar sin que el reo sea oído, y en este caso el reo es el «salvaje» alemán, colocado frente al negro abisinio, tunecino, argelino, etc., etc.

Claro está que Inglaterra tiene buenas notas en sus haberes, y sus aportaciones al progreso y al bien de la humanidad; pero es un *bluff* que explota a maravilla su *irresistible genius of universal emancipation* que tú citas, que es sólo la libertad política a cambio de la esclavitud económica. La primera es el espejismo con que se comete el crimen que envuelve la segunda.

Respecto a su servicio militar voluntario, es copia del reclutamiento de doscientos mil hombres que aquí, a Cuba, mandó Azcárraga, cuando tampoco teníamos el servicio militar obligatorio. A nuestro Weyler le censuraron en Cuba y le copiaron en el Transwaal, cuya pérdida de libertad y de soberanía, al igual que el Orange, dicen mal con tus apóstrofes de libérrima Inglaterra. A Azcárraga le imitan ahora. ¿Por qué no lees a propósito del reclutamiento, el *Irish World*? ¿O es que admitirás también que los pobres irlandeses son habilidosos y ejercen la abogacía al dirigirse a los amigos, como admites en mí? No consideres parcialmente las cosas, oye a unos y a otros o renuncia a juzgar.

Y acabemos, lamentando que el mercado inglés de Portugal te satisfaga y la tenaza de Gibraltar, su contrabando, etc., etc., no te arranquen de los oídos el opio literario sentimental que impide escucharte a ti mismo, en tu *vivan las cadenas* económicas que impedirán para siempre que vuelva a pesar en el mundo nuestra desventurada nación. Y si tú, mi cultísimo amigo, con tus grandes luces y honrado buen propósito, entonas ese grito, ¿qué he de esperar de los anhelos de los demás paisanos?

España, con vosotros, está condenada para siempre a falsa libertad.

Strauss y Renan-1870

POR MAX MEINERTZ

Profesor en la Universidad de Münster

DESDE que estalló la guerra se oyen con frecuencia manifestaciones entre las filas de los intelectuales alemanes, que tienen por objeto desvanecer las despreocupadas mentiras de nuestros enemigos. Doloroso es, desde el punto de vista de una ética más elevada, que sean necesarias tales manifestaciones, porque comprueban el bajo nivel y la falta absoluta de escrupulosidad entre los pueblos modernos, que representan la civilización. Más aún, entregándose a la impresión de algunas réplicas de países enemigos, resulta el hecho vergonzoso de que hombres de eminentes cualidades intelectuales, pierden toda medida de dignidad y de criterio, bajo la presión de la pasión agitada y del más mísero chauvinismo. Difícil es suponer un estado normal en los cerebros de los señores Guyot y Bèllet que culpan a Schmoller, en su carta abierta dirigida a Lujo Brèntano, de sentimientos hostiles para Francia, porque rechaza una invitación (considerando su alta edad y su estado de salud) o cuando repiten, siempre de nuevo, la infame mentira sobre el príncipe heredero, tratándolo de ladrón, o si dicen al fin: «Los hechos perpetrados por sus diplomáticos y sus generales y la aprobación que encuentran en usted y en los demás representantes de la ciencia alemana son una terrible, pero evidente demostración del peligro y de la frivolidad de la cultura alemana. Ustedes mismos son los destructores de ella».

La lectura de tales manifestaciones histéricas, hace recordar los tiempos de la guerra franco-alemana de 1870-71. Ante todo despierta nuestro interés la correspondencia cambiada entonces entre el teólogo radical David Friedrich Strauss y su partidario francés Ernest Renan. Contiene tan fina discusión sobre las cuestiones de entonces y en tono tan noble, que se distingue en una forma sumamente agradable de las habituales controversias, bastante groseras, de esta guerra, y merece ser mencionada un poco más ampliamente.

Strauss había mandado a Renan su obra sobre Voltaire y éste le había agradecido su atención en una carta muy alabadora. La carta está fechada en 31 de julio de 1870, es decir, en un tiempo en que la guerra entre Alemania y Francia ya había estallado. Renan aprovecha la ocasión para expresar su opinión sobre el gran acontecimiento del día. Cree tener en Strauss un compañero congenial, también respecto a la guerra, y quiere invitarle a elevarse a un punto de vista más alto, más bien neutral, dando la culpa de haber desencadenado esta lucha, igualmente a los dos partidos.

Pero Renan se había equivocado respecto a Strauss. El sabio alemán pensaba de otra manera que el francés, y así se creyó autorizado para dar una respectiva contestación a Renan. Desde el lago de Constanza le dirigió una carta abierta, que fué publicada en la *Allgemeine Zeitung* el 12 de agosto de 1870.

Primero habla en ella ligeramente de su libro sobre Voltaire y agradece el juicio favorable de Renan, pero luego se ocupa de la guerra, y dice: «Tiene razón usted, si dice que esta guerra debe ser muy dolorosa para todos los que trabajan por la unión espiritual entre Francia y Alemania; razón tiene usted si la considera una desgracia y la supone que ahora serán asunto del día para mucho tiempo, el odio, la injusticia y los juicios animados por sentimientos hostiles entre dos miembros de la familia europea, cuya inteligencia es esencial para la obra de la civilización; no menos razón tiene usted si cree un deber de todo el que ama la verdad y la justicia, el abstenerse, sin olvidar el cumplimiento de sus deberes de

patriota, de un patriotismo partidario, que estrecha el horizonte y falsifica el juicio». Lo mismo que Renan así también los alemanes habían deseado que la guerra llegara a ser conjurada; pero, sin embargo, creyeron inevitable el choque. «No es que hemos deseado la guerra, es que conocíamos bastante a los franceses para saber que ellos la estaban queriendo». Francia intenta sostener su hegemonía en Europa.

Después dibuja Strauss a grandes rasgos la suerte de Alemania en el siglo XIX, sobre todo sus anhelos de consolidar la unidad alemana, y la manera con que Francia se opuso a cada intento de emancipación. Temía por su supremacía, que no tiene verdadero fundamento, porque Alemania tiene por lo menos el derecho de sentirse igual a Francia.

«Que yo no desconozco las múltiples propiedades buenas de la nación francesa; que yo veo en ella un miembro esencial de la familia europea, una substancia muy benéfica en esta mezcla de pueblos, esto, respetable señor, no creo necesario asegurarlo a usted, como tampoco es necesario que usted me asegure de su estimación a la nación alemana y a sus valiosas propiedades.»

La falta principal de los franceses — declara Strauss — es el ambicioso deseo de la «gloire», la palabra más mala y más perniciosa, que haría bien la nación en borrarla por mucho tiempo de su diccionario.

Con todas sus intrigas, los franceses no han conseguido más que fomentar el desarrollo de la unificación de Alemania.

Después siguen preciosas palabras, que todavía hoy día valen en todo su sentido, solamente que hay que incluir a Rusia y a Inglaterra.

Los primeros éxitos de la guerra presentan la garantía «de que no faltará el éxito completo a una nación que defiende el derecho, basándose en su fuerza propia. El objeto por el cual luchamos, es únicamente la igualdad entre los pueblos europeos, es la garantía de que ya no puede molestarnos ningún vecino envidioso en nuestra labor pacífica y que ya no puede privarnos de los frutos de nuestra actividad, cuando un día le diera la gana.

Para esto, necesitamos que nos den fianzas; sólo concedidas éstas, será posible una cordial inteligencia, una cooperación fraternal de los dos pueblos vecinos en todos los trabajos de la cultura y de la civilización». Al final, expresa Strauss la esperanza de que Renan le participará su opinión respecto a las ideas desarrolladas en la carta, y que le conservará su amistad «en medio del tumulto de la guerra». De todos modos, estima Strauss, no será sin provecho, «si en este tiempo crítico cambian francamente sus ideas dos hombres de las dos naciones, llevados de un espíritu independiente y lejos de las manipulaciones de partidos políticos, y conversan sin pasión sobre las causas y la importancia del conflicto».

Strauss no se había equivocado en su esperanza; el 17 de septiembre, es decir, después de la batalla de Sedán, contestó Renan: «Cierto que se nota en la carta alguna discordia, pero el tono es moderado y culto. El (Renan) lee en «la hermosa carta» del colega alemán palabras «magnas y filosóficas» y las siente como «una misión del cielo en un tiempo en que parecen estar desencadenadas todas las fuerzas del infierno».

Después de algunas palabras encomiásticas para la cultura de Alemania, deplora que franceses y alemanes no puedan entenderse, y teme que la distancia entre los dos pueblos aumentará por esta guerra. Pero si alguna nación tendría el derecho a la independencia era Alemania; sus importantes adelantos en todos los ramos del trabajo humano autorizan a los alemanes a estas ambiciones. Por eso, él había recibido con alegría el progreso de Alemania después de 1866. Había existido la esperanza de que la unión alemana, una vez que fué establecida por Prusia, absorbería a ésta. «Vimos ocupar definitivamente el lugar de una arrogante y pedantesca Prusia, que tantas veces nos disgustó, al genio alemán con su admirable universalidad, su poesía y su filosofía». «Pero estos sueños, dice, habían sido un engaño. El gobierno prusiano se ha portado muy ingratamente con Francia;

porque ésta había participado sincera aunque sólo negativamente, en las victorias de Prusia en el año 1866; más aún: cuando Prusia había pedido y aceptado de Napoleón una alianza mutua». Por eso debía de ceder Prusia a Francia en la cuestión de Luxemburgo.

«La cesión de Luxemburgo no significa un engrandecimiento de Francia ni una disminución de Alemania; pero esta pequeña concesión habría sido suficiente para contentar la opinión pública, que exige mucha consideración en un país parlamentario, y habría hecho posible al gobierno francés la retirada ante la política alemana». Según estas exposiciones, cree Renan tener que atribuir a Prusia el mismo grado de culpa que a Francia, respecto a las causas más íntimas de la guerra. Lo que se refiere a la causa más inmediata, confiesa haber maldecido la suerte «que parece haber condenado nuestra pobre patria a ser gobernada por la ignorancia, la arrogancia y la impotencia».

Había que evitar la guerra a todo trance, sigue Renan; «y ahora, estallado el incendio, es de esperar que terminará pronto». Las siguientes palabras descubren al verdadero francés: «Francia cometió mil veces una injusticia, cuando se opuso al desarrollo interior de Alemania; pero Alemania incurriría en la misma falta si violara la integridad del territorio francés». No podría soportar Francia una mutilación, como representaría la pérdida de la Alsacia. Ahora existen dos corrientes entre los franceses: unos quieren hacer una paz precipitada, entregando Alsacia-Lorena, y predicando en seguida el odio contra la raza germana y la guerra de exterminio contra ella y para este fin: «Alianzas con quien sea y deferencia ilimitada para las usurpaciones rusas». Los otros insisten en la integridad de Francia; quieren revocar todos los errores cometidos y entrar en una alianza con Alemania e Inglaterra. «Alemania decidirá qué política seguirá Francia, resolviendo al mismo tiempo la suerte de la humanidad».

Para dorar un poco la píldora de la imposibilidad de una entrega de la Alsacia y para rechazar desde un principio el argumento de que es tierra alemana, arrebatada por los franceses, dice Renan que no cabe aquí el argumento de la nacionalidad, pues también la misma Prusia tiene ocupados países no alemanes, países eslavos. En esta mezcla de nacionalidades se presentan ventajas. La Alsacia, por ejemplo, forma la puerta, por la cual entran las ideas, métodos y libros alemanes en Francia, y así es favorecida más aún por esta unión de la Alsacia con Francia «la propaganda del Germanismo». Tampoco sería digno de Alemania el apoderarse por la fuerza bruta de una provincia resistente e irritada y desde la devastación de Strassburgo—la carta está escrita en el tiempo del sitio—completamente irreconciliable. Siguen algunas frases contra el «militarismo» prusiano y su «política desbordada», y la proposición meramente teórica de hacer la paz, no entre Alemania y Francia, sino cuando Europa la ratifique; y para obtener garantías contra «deseos malsanos», debía establecer Europa de nuevo las fronteras actuales y prohibir a las dos beligerantes el que piensen en una modificación de los límites. Así se colocaría la primera piedra del fundamento de una institución muy provechosa; es decir, de una autoridad central, «una especie de Congreso de los Estados Unidos de Europa». Al final, cita, en tono lastimoso, el evangelio, que no contiene nada de este espíritu guerrero, y cuyas máximas son despreciadas en la guerra; el filósofo y el cristiano no se inclinarán ante la desgracia. En las últimas palabras ruega, que Strauss le guarde su amistad y le asegure su más íntimo aprecio.

Strauss no dejó sin respuesta las ideas del sabio francés; poco tiempo después, el 29 de septiembre, o dos días después de aparecerizada la bandera blanca en la torre de la catedral de Strassburg, mandó la contestación. Otra vez está escrita en un tono tranquilo y noble; acentúa en ella primero la igualdad de los anhelos entre ellos dos, y agradece las palabras de aprecio para la cultura alemana y los anhelos alemanes de unir la patria. El también —dice— quiere hacer justicia a Francia. Pero luego se siente obligado, ampliando una seria palabra condenatoria de Mommsen sobre la mala literatura de la Fran-

cia moderna, de la cual se había quejado Renan, de declarar lo siguiente: «La degeneración no sólo de la literatura sino también del pueblo, es la más consumada; que los patriotas franceses lo quieren confesar a sí mismos, y que nosotros, los alemanes, ni lo sospechábamos aún hace muy poco; de esta descomposición universal de todas las bases morales no teníamos idea antes de esta guerra».

Si Renan habla del amor a la paz del pueblo francés, entonces él, Strauss, se toma la libertad de dudar un poco de este amor, considerando los anhelos a la frontera que formara el Rhin, anhelos con frecuencia proclamados y que al francés le son inducidos — permitido sea decirlo así — ya en el pecho de la madre, y el grito del desquite por Sadowa, también oído muy a menudo, sin que Francia hubiere perdido en Sadowa un solo hombre o un pie de terreno. Para Alemania siempre existe el peligro de que brote este «celo histórico». A la observación de Renan, de que Prusia debía respetar la sensibilidad francesa y pagar la ayuda indirecta de 1846 con Luxemburgo, opone Strauss la certera respuesta: «Qué generosidad extraña se insinúa a Prusia, exigiendo que, habiendo conquistado por su propia fuerza la palma de la victoria, pague al vecino un premio que no había prometido, y que el otro no había merecido». Además, Prusia ya había prestado un servicio indirecto muy parecido al de Francia, no protestando contra la anexión de Saboya y Nizza. La acusación contra Prusia y los Hohenzollern de una política desmedida, es rechazada con energía. La historia no demuestra «que la arrogancia es una falta hereditaria de esta dinastía». En Alemania misma, existe el deseo de que Prusia se funda con la restante Alemania. Pero esto no puede ocurrir tan pronto. Y aquí expone una vez el sabio alemán del sur, todo lo que le desagrada en la Prusia, y también su antipatía contra el cristianismo positivo; pero por otro lado reconoce las ventajas y la necesidad de una hegemonía prusiana en Alemania. «Nosotros, los demás alemanes, podemos aprovechar aún por un tiempo bastante largo del modo prusiano, podemos aprender aún mucho de la Prusia por sí; en seguida llama Strauss a los alemanes del sur, comparados con los prusianos «zánganos sencillos y benignos». Con especial energía desvanece la esperanza francesa a un pronto derrumbamiento del edificio de la unidad alemana, una vez que cese la presión del peligro universal. «La sangre de sus hijos, del sur y del norte, será el cimiento para la eterna unidad de Alemania; porque bien sabido es, que la sangre es una mezcla muy especial».

Después se ocupa Strauss de las deliberaciones relacionadas con la separación de la Alsacia. Con ironía fina desvanece los temores, de que Francia no podría soportar esta mutilación. Aunque mantenga su integridad, Francia no dejará nunca de pensar en el desquite. «Un pueblo que exigía satisfacción por Sadowa, un desastre completamente extraño a él, pedirá diez veces más el desquite por Worth, Metz, Sedán y París, sin que le hagamos más daño que haberlo vencido tantas veces». Por eso exige la propia seguridad que defendamos la frontera del suroeste, incorporando Alsacia-Lorena con sus fortalezas a nuestro territorio. Además no se puede negar que la Alsacia y parte de Lorena son países alemanes. A pesar de esto, nadie había pensado en arrancarlos al vecino francés. Pero una vez que había violado la paz y hecho manifiesta su intención de apoderarse nuevamente de nuestras provincias del Rhin, que hace tiempo y durante algunos años había ocupado contra todo derecho, ahora debíamos ser tontos muy grandes, si nosotros, victoriosos, no exigiéramos que nos devuelvan lo que era nuestro y lo que necesitamos para nuestra seguridad (para este fin no más). Es interesante que Strauss exprese la opinión, siendo alemán del sur, de que la Alsacia puede ser unida solamente con un Estado, que tiene un pasado como Prusia. La idea de un congreso europeo la declina Strauss sólo por el motivo de que Prusia ha hecho experiencias malas con tales congresos. También desacredita el pretexto del Evangelio y aventura que una guerra justa tiene también sus ventajas. Descontando las desgracias, que naturalmente trae consigo, resulta de la defensa de la independencia amenazada «siempre un desarrollo de la vida nacional, desde las

guerras de los griegos con los persas hasta nuestras guerras de independencia y hasta la actual, de la cual nos es permitido hoy día ya, esperar lo mejor para nuestros asuntos internos».

Finalmente se extraña Strauss de que un francés predique la paz a los alemanes «como miembro de la nación, que desde hace siglos lleva en la mano la tea de la guerra, al vecino, que siempre estaba ocupado en sofocar los incendios que el otro había arrojado sobre sus ciudades y sobre sus campos». Al alemán se le acabó al fin la paciencia. Aun ahora desea la paz, pero antes debe ser alcanzado el objeto de la guerra. Nadie tiene que impedirlo. «Desde 1814 y 15 hay un dicho entre nosotros que dice que la pluma de los diplomáticos hace perder lo que han ganado las espadas de nuestros guerreros»; tampoco el año 1866 trajo el éxito completo. Ahora tiene que formarse el imperio alemán como una confederación firme y sólida. En las palabras de despedida reclama el escritor para el destinatario: «para las penas de las próximas semanas una suerte benévola, y a mí», dice, «su perpetua benevolencia».

Este cambio de correspondencia, sumamente instructivo, lo editó Strauss mismo, todavía en el año 1870, bajo el título «Guerra y Paz», en Leipzig, edición de Kirgel. (En las obras completas de Strauss figura en el libro I, Bonn 1876, pag. 299.) Theobald Ziegler cuenta en su gran obra sobre el crítico alemán, que Renan se había disgustado por la publicación arbitraria de esta correspondencia, y, sobre todo, porque el producto de la venta fué destinada para el instituto de inválidos de guerra. Pero agrega de sus propios recuerdos: «La joven generación de hoy día no puede imaginarse en nuestro tiempo sobrio y sin entusiasmo qué júbilo despertaron estas palabras, llenas de un hondo sentimiento de patriotismo y de una inteligencia elevada para la historia». (D. Fr. Strauss, libro II, Strassburg, 1908, pag. 665.)

En los presentes días de entusiasmo patriótico volverá la inteligencia por estas palabras. En efecto; mucho de lo que hubo que decir en aquel tiempo, sirve también para la actual situación, fuera de algunas ampliaciones. No hay necesidad de aprobar todas las singularidades y se puede declinar las obras científicas de Strauss sobre el Evangelio y la vida de Jesús; pero esta correspondencia con su frescura natural y su fuerza persuasiva tenemos que agradecerla aun hoy todavía. Y la carta de Renan es una prueba, comparándola con las publicaciones actuales del mundo espiritual francés, de que Francia se encuentra en línea descendiente, al menos respecto a la cultura ética.

Fragmentos de Historia

La destrucción del Kremlin

POR FEDERICO HERNÁNDEZ ALEJANDRO, ABOGADO

El Emperador mandó minar el Kremlin. El duque de Treviso le hizo volar el 23 de octubre de 1812, a las dos de la mañana; el arsenal, los cuarteles, los depósitos, todo fué destruido. Esa antigua ciudadela, que data de la fundación de la monarquía, ese primer palacio de los czares, había sido.»

(26.^{eme} *Bulletin de la Grande-Armée*.)

* * *

«Aquel mismo día, el capitán Evrard, que había ido en comisión a Charopovo, nos dijo haber oído un estrépito horroroso hacia la parte de Moscow, y luego supimos que era

la explosión de una mina que hizo saltar el Kremlin. La destrucción de esta célebre ciudadela y de los hermosos edificios que contenía fué consumada por la nueva guardia imperial, mandada por el duque de Treviso, quien, al salir de Moscow, recibió la orden de destruir todo lo que se había librado de las llamas.

Así acabó esta ciudad célebre, fundada por tártaros y destruida por franceses. »

(*Relation circonstanciée de la campagne de Russie en 1812*, par le capitain Eugène Labaume.)

* * *

«El odio de los invasores no tuvo límites. Napoleón ordenó no solamente el aniquilamiento del magnífico Kremlin, el rico alcázar de los emperadores rusos, sino también el de lo que quedaba de la gran ciudad.»

(*Moscou avant et après l'incendie*, etc., par G. Lecomte de Lavaux.)

* * *

«Los grandes cajones que, conteniendo municiones de guerra, se vió el ejército obligado a abandonar en su retirada, proporcionaron poco después una parte de la pólvora para rellenar los hornos de las minas practicadas debajo del Kremlin.»

(*Campagne de Russie, 1812, d'après le journal illustré d'un témoin oculaire*. — De Fabre du Faur, oficial de artillería en la 25 división del 3.^{er} cuerpo de Ejército mandado por Ney. El texto es de F. de Kausler.)

* * *

«Moscou fué evacuado el 23 de octubre. El mariscal Mortier quedó en el Kremlin y ejecutó las órdenes de Bonaparte, haciendo saltar el arsenal, los cuarteles, los palacios, los edificios todos de lo que constituía el orgullo del gran Imperio moscovita.»

(*Histoire de la guerre de Russie et d'Allemagne depuis le passage du Niémen*, etc., par M. Sarrazin, marechal de camp des Armées du Roi.)

* * *

«Al abandonar Moscou, se dió la orden de hacer saltar el Kremlin, dejando tropas para ese objeto. La explosión fué tan terrible, que algunas mujeres, aterrorizadas, abortaron, y otras se volvieron locas, muriendo muchos niños de espanto y a consecuencia de la horrosa conmoción... Se quiso volar también el resto de la infortunada ciudad.»

(*L'incendie de Moscou*, par madame Fusil, témoin oculaire.)

* * *

«Una horrenda explosión había conmovido los aires a la una y media de la mañana del 23 de octubre; y se pasmaron de ello por un instante ambos ejércitos, en medio de que apenas se pasmaba ya de nada, esperándolo todo. Mortier había obedecido: no existía ya el Kremlin; habíanse colocado diversos toneles de pólvora en todas las salas del palacio de los czares, y ciento ochenta y tres mil libras bajo las bóvedas que las sostenían.»

(*Histoire de Napoleon et de la Grande-Armée pendant l'année 1812*, par le G.^{al} C.^{te} Philippe Paul de Segur.)

* * *

«El Kremlin fué minado, las cargas se prepararon y todo se dispuso para hacer saltar el palacio a la primera señal..... El 23, habiendo recibido el duque de Treviso nuevas órdenes del Emperador, hizo volar el Kremlin.»

(*Victoires, conquêtes, desastres, revers et guerres civiles des françaises de 1792 a 1815.*)

* * *

«La Joven Guardia, bajo las órdenes de Mortier, no salió de Moscou, hasta que todo el Ejército le hubo abandonado, haciendo aquél saltar el famoso Kremlin, que los rusos consideraban como el *palladium* del Imperio.»

(*Trophées des Armées françaises, depuis 1792 jusqu'en 1815.*)

* * *

«El mariscal Mortier, que había quedado a retaguardia, hizo saltar el Kremlin, la primera residencia de los duques de Moscovia.....; y aun cuando muy acostumbrado ese palacio a ver escenas de sangre y de muerte, debió, al derrumbarse, aprender que nosotros éramos más bárbaros que los primitivos escitas..... Y a la verdad que sus viejas murallas no debían esperar el sacrilegio de ser derribadas por manos francesas, que debían respetarlas, al menos como un monumento de lo más extraordinariamente curioso.»

(*Mémoires de madame la duchesse d'Abrantès — Laura Fermon — ou souvenirs historiques sur Napoleon, la Revolution, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration.*)

* * *

«Centenares de iglesias en las que las cúpulas resplandecientes lanzaban al espacio sus olas de oro, de plata y de vivos colores, hacían ver a Moscou, esa antigua residencia de los czares, llamada con razón la ciudad de las doradas torres. Es de un aspecto encantador — el solo quizá de ese género que pueda mostrarse en el mundo — el que esa ciudad deslumbradora, cuando está iluminada por la luz del sol, presenta a los ojos del viajero que llega del oeste por el camino de Mojaïsk. Del seno de esa masa de cúpulas y de torres orientales, surge el Kremlin, que además de ser el alcázar de los czares, el arsenal, el palacio del Senado y la residencia del Patriarca, cuenta más de treinta templos, entre ellos las catedrales de la Anunciación y de la Asunción, destinada la última a ser el admirable teatro de la fastuosa ceremonia de la coronación de los emperadores rusos.»

He ahí en qué términos, breves, pero expresivos, describe un soldado de la «Grande-Armée», aquel conjunto de portentosos monumentos debidos a la esplendidez y a la piedad unidas, de Wasily Dmitrijewitsch y de Pedro I, de Iwan Fedorowitsch y de Catalina II.

La destrucción de aquel antiguo alcázar de los czares, de aquella maravilla de oriental estilo, de aquella mansión llena de suntuosidades y de preciosas joyas de arte; monumento del que con tanta admiración escribió un famoso viajero, diciendo que nada se veía en Europa parecido a la arquitectura de muchas partes del Kremlin, fué aniquilado por las tropas mandadas por Eduardo Adolfo Mortier, duque de Treviso, mariscal de Francia, coronel-general de la casa militar del Emperador, gran oficial condecorado con el gran cordón de la Legión de Honor, en virtud de una cultísima orden de Napoleón, soberano del civilizado y victorioso Imperio.

Eso basta. ¿A qué citar como testimonios de la destrucción del monumento artístico e histórico, a Boutourlin ni a Boris Galitzin, historiadores rusos de la pavorosa catástrofe, a Ker Porter ni a Walter Scott, narradores ingleses de la siniestra campaña, a von Liebenstéin, ni a Heinrich Beitzke cronistas germanos de tan trágicamente memorable lucha?

Basta con los autores franceses mencionados, porque ni a Thiers ni a Marbot ni a Chambray, ni a Peyre ni a Bestin ni a otros muchos de su nación puedo nombrar, porque nada dicen o muy poco, poquísimo, del espantoso aniquilamiento de la magnífica residencia de los autócratas rusos, de una de las obras de Pedro el Grande. Basta, sí, con el testimonio de los historiadores antes enunciados y, sobre todo, con las líneas del 26.^{me} *Bulletin*, casi tan memorable como el 29, fechado en Molodetschno el 3 de diciembre de 1812, pocos días antes de que el autor de tantos desastres y de tantas inauditas calamidades, huyera desde Smorgoni en dirección a París; basta, insisto, para adquirir la convicción de que la guerra fué, es y será siempre la guerra; es decir, ruinas y sangre, violencia y depredación, asolamiento y muerte.

Lo que Santiago Callol, el inspirado y original hijo de Nancy, aterrado por las devastaciones y crímenes que el ejército de Richelieu perpetró en tierras de su patria, en la hermosa Lorena, lo que el insigne artista hubo de trasladar con su buril a las planchas donde grabó «Les Misères de la Guerre», incendios y matanzas, fuerza y vandalismo, eso es la guerra. Lo que nuestro Goya, el portentoso, reprodujo en sus ochenta maravillosas aguas fuertes de «Los desastres de la guerra», estragos y dolor, lágrimas y exterminio, eso es la guerra. ¿A qué, pues, de modo exclusivo atribuir, tal vez sin razón, a determinados pueblos las iras, los furores, el frenesí, engendradores diabólicos de la devastación, el horror y la muerte, que son la guerra odiosa y execrable? La guerra es la guerra; o lo que es lo mismo, la violencia triunfante, el derecho las más veces hollado, el llanto, no la risa, el sufrimiento, no el placer; destruye y no crea, arrasa y no fecundiza, mata y no da nuevas vidas. Al llamar «bárbaros», «hunos», «vándalos» a algunos beligerantes, y al denominar «civilizados», «progresivos», «humanos» a otros, se comete injusticia, porque todos merecerían aquellos calificativos, si no fuera la guerra, la guerra impía y abominable la que es digna de ellos.

Por la guerra y por la destrucción del Kremlin, quizá se diera por alguien el título de «bárbaro» a Napoleón, uno de los más eximios genios immortalizados por las páginas de la humana Historia.

Notas de Redacción

La prensa alemana reproduce con frecuencia trabajos publicados en estas columnas. Entre los que más veces han gozado de este honor, figura el artículo «Por qué amo a Alemania», de nuestro querido colaborador D. Federico Hernández Alejandro, de quien excusamos todo elogio, porque es «de los de casa».

Ultimamente, en el suplemento de la *Allgemeinen Zeitung Chemnitz*, ha aparecido el artículo, encabezado con palabras de calurosa simpatía, de las que, bordeando discretamente aquellas de aplauso personal, entresacamos las siguientes:

«Las líneas, que están escritas con tan gran cariño y entusiasmo, demuestran que nosotros tenemos en España sinceros amigos que no están entregados a la campaña de calumnias de nuestros enemigos y que aprecian a Alemania siempre».

Felicitemos a nuestro buen amigo Sr. Hernández Alejandro, por la merecida atención.

* * *

Lista ya la confección del presente número, recibimos un interesante artículo del distinguido letrado madrileño que firma con el pseudónimo *Un abogado*. Es un enérgico comentario al manifiesto de los sedicentes intelectuales españoles y de los cuales puede decirse con maravillosa justicia: «Ni son todos los que están, ni están todos los que son». Aparecerá Dios mediante, en el número próximo.